

DIEZ CLAVES DE ESPIRITUALIDAD EN LA ACCIÓN CARITATIVA Y SOCIAL



VICENTE ALTABA GARGALLO
Delegado Episcopal de Cáritas Española

Pliego central del nº 2.812 de la revista VIDA NUEVA

Introducción

La acción caritativa y social de la Iglesia y de cuantos en ella trabajamos al servicio de los pobres, no se sostiene en sí misma y por sí misma. Su fuerza, fundamento y originalidad radican en la espiritualidad que la anima. Pero, ¿qué queremos decir cuando hablamos de espiritualidad? Espiritualidad viene de espíritu, y hablar de espíritu -en castellano- es hablar de ánimo, aliento, valor, energía, fuerza. Según esto, hablar de espiritualidad en la acción caritativa y social es hablar de lo que anima, alienta, da fuerza y energía a nuestra acción caritativa y social. Pero espiritualidad en sentido cristiano significa algo más. La espiritualidad cristiana viene del Espíritu, con mayúscula, pues, cristianamente hablando, no puede haber más espiritualidad que la que viene del Espíritu Santo. En este sentido, hablar de espiritualidad significa reconocer que el Espíritu es el que nos mueve a amar a los hermanos y el que nos anima, alienta, orienta y da fuerza en el servicio del amor, en el servicio de la caridad.

Hay ejercicio organizado de la caridad porque hay pobres y porque hemos sido ungidos por el Espíritu para dar la Buena Noticia a los pobres. “El mismo Espíritu que ungió a **Jesús** para enviarlo a anunciar el Evangelio a los pobres conduce a sus discípulos hacia la misión de continuar la obra salvadora entre los más abandonados”¹.

Desde este punto de partida, nos planteamos qué aporta la espiritualidad cristiana a nuestra acción caritativa y social y, más concretamente, cuáles son esas características básicas que nos ofrece la espiritualidad cristiana y que se traducen en motivaciones, actitudes, estilo y sentido de todo lo que hacemos. Las sintetizamos en diez².

1.- Espiritualidad trinitaria que hunde sus raíces en la entraña amorosa de nuestro Dios

La caridad hunde sus raíces en el misterio hondo de Dios. Y sabemos por la fe que en el misterio de nuestro Dios, en la Trinidad, el Espíritu es el Amor, el que hace que la relación entre el Padre y el Hijo sea relación interpersonal de pura donación, de reciprocidad total,

¹ CÁRITAS ESPAÑOLA, *Reflexión sobre la identidad de Cáritas*, 1977, p. 21.

² Hacemos un desarrollo mayor de este tema en el libro *La espiritualidad que nos anima en la acción caritativa y social*, Cáritas Española, Madrid, 2012.

de amor absoluto y gratuito, de ser y vivir enteramente el uno para el otro. De ahí que “profesar la fe en la Trinidad -Padre, Hijo y Espíritu Santo- equivale a creer en un solo Dios que es Amor”³.

Así dirá san **Agustín** que “ves la Trinidad si ves el amor”. A la inversa, podemos decir que si ves el amor ves la Trinidad. Por eso decimos que la espiritualidad de la caridad es trinitaria. El mismo Espíritu que vive en el misterio hondo de Dios es el que habita en nosotros y nos hace ser esa comunidad de vida y amor que queremos ser y vivir en nuestras relaciones humanas y en el ejercicio de nuestra caridad como expresión y signo del amor de nuestro Dios.

La fuente de nuestra caridad es Dios y el fundamento de nuestra espiritualidad está en el amor entrañable de nuestro Dios, en ese amor del Padre que se nos ha comunicado en Cristo por la efusión del Espíritu (Jn 20, 22). No hay caridad sin Espíritu y no hay acción caritativa y social sin espiritualidad, sin vida en el Espíritu. Sin espiritualidad la caridad se reduciría a una obra social o a una empresa de servicios sociales. Hoy, cuando estamos tan urgidos por tantas demandas que nos desbordan, tenemos el peligro de perdernos en el activismo, en lo mucho que hay que hacer, perdiendo el hontanar y el horizonte de lo que hacemos. Y cuando vivimos en una cultura del “hombre sin vínculos” y del “amor líquido”, como dice **Z. Bauman**, porque ha perdido el eslabón para ligarse de manera firme y estable con los otros, tenemos el riesgo de basar nuestras relaciones en vínculos centrados en el propio yo y los propios intereses⁴. En este contexto, más que nunca, necesitamos cuidar la mística, la unión profunda con el Señor y la configuración con Él, como fundamento sólido de nuestras relaciones y nuestro amor.

Es mucho lo que hay que hacer y mucho lo que hay que dar, pero no podemos olvidar que lo prioritario para nosotros ha de ser esto: ser instrumentos del amor de Dios y dar amor, por el amor es lo que salva. Y la fuente de este amor es Dios. Esta espiritualidad trinitaria, por otra parte, es la que nos hace recuperar dos dimensiones fundamentales de la vida y la convivencia humana: el concepto de fraternidad, que va más allá de la solidaridad, pues

³ **BENEDICTO XVI**, Carta Apostólica *Porta Fidei*, 2011, n. 1.

⁴ Cfr. **ZYGMUNT BAUMAN**, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2011, pp. 7 y 10.

nos remite a un Dios Padre de todos; y la dimensión comunitaria y social del ser humano, que nos hace comprendernos no como individuos aislados, sino como seres sociales y miembros de una misma familia humana.

2. Espiritualidad histórica de ojos y oídos abiertos a la realidad de los pobres

El amor nos abre los ojos y el corazón. Lo ha expresado con un lenguaje lúcido y profundo el Papa en el mensaje de la pasada Cuaresma citando la carta a los hebreos: *“Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras”*. La caridad comienza por fijar la mirada en el otro y estar atentos los unos a los otros. La solidaridad comienza por no mostrarse extraños e indiferentes a la suerte de los otros. El primer paso para construir un mundo diferente es tener los ojos bien abiertos para ver, los oídos atentos para escuchar y el corazón sensible para conmoverse y, tras la conmoción, actuar.

Hoy no podemos vivir ajenos a los cinco millones y medio de personas que no tienen trabajo, a los miles de empresas abocadas a reducir plantillas o a cerrar las puertas, al millón y medio de familias con todos sus miembros en paro, al 52% de nuestros jóvenes excluidos del mercado laboral. Como tampoco podemos ser insensibles ante los sueldos escandalosos de directivos de instituciones financieras sostenidas con dinero público o a los millones y miles de millones de beneficios que declaran algunas empresas mientras despiden obreros y reducen salarios. Pero no solo estamos llamados a fijarnos. El Señor nos llama a hacernos cargo los unos de los otros. Aquella pregunta que Dios dirige a Caín y recoge el libro del Génesis, *“¿qué has hecho de tu hermano?”*, es la pregunta que se nos hace a todos nosotros en este momento histórico: ¿tú, financiero, empresario, funcionario, sindicalista, obrero..., qué has hecho con tu hermano? Y no vale responder como Caín: *“¿Soy acaso guardián de mi hermano?”* (Gn 4, 9). No vale decir que yo me ocupo de lo mío, de mi sueldo o mi negocio, y nada tengo que ver con mi hermano, nada que ver con el derroche de los poderosos y el hambre de los pobres, con los especuladores del dinero y los empresarios y emprendedores sin recursos financieros. Nuestra caridad necesita partir de una mirada muy atenta a la realidad.

Descubrir la situación de los pobres y escuchar su clamor es lo que conmueve nuestro corazón, como conmovió el corazón de Dios ante su pueblo en Egipto y como tantas veces,

nos dice el Evangelio, conmovió a Jesús ante los pobres. Con una conmoción que dio paso a la acción, y a una acción salvadora, liberadora, sanadora, transformadora.

Así ha de ser nuestra espiritualidad, una espiritualidad atenta a la realidad de los pobres, que se conmueve ante ellos y que carga con ellos de manera transformadora y liberadora. Para ello necesitamos educar la mirada y educarnos en la escucha, no sea que tengamos ojos y no veamos, oídos y no oigamos, como aquellos ídolos de los que habla el salmista. Hemos de ver con los ojos, pero también con el corazón, desde la cercanía, desde la empatía; y también con la razón, con una reflexión lúcida y analítica de la realidad; y a la luz que nos da la fe, para lo cual nos ayudarán las mediaciones de las ciencias sociales y de la Doctrina Social de la Iglesia.

Y hemos de educarnos en la escucha para no quedarnos en la superficialidad de lo inmediato y periférico, sino ser capaces de descubrir el clamor que nace de lo profundo que el otro vive, siente y espera. Hemos de educarnos en la escucha para no dar respuestas aprendidas a lo que el otro ni pregunta ni espera.

3. Espiritualidad encarnada que hace de la persona el centro de la acción caritativa y social

La espiritualidad cristiana nos da la convicción de que la persona es el centro de la vida y de la acción social⁵. La persona en toda su grandeza y dignidad de hijo/a de Dios, pues hemos sido creados a su imagen y semejanza. Una dignidad que lleva en sí toda persona por su misma condición de persona. Esta es una convicción básica, irrenunciable, que hemos de mantener a toda costa en nuestra acción caritativa y social. La persona, toda persona, tiene una dignidad que podremos pisotear, pero que no podemos negar, porque se la ha dado Dios y nada hay que justifique desacreditarla, puesto que todos los otros valores son valores en cuanto sirven a la dignidad humana y promueven su causa. Si a ello añadimos que Dios en Jesús se hizo carne de nuestra carne, todo ser humano, como dijo el Vaticano II y repitió Juan Pablo II, es en alguna medida encarnación de Dios, pues “mediante la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre”⁶.

⁵ Cfr. **BENEDICTO XVI**, Encíclica *Caritas in veritate*, n. 25. En adelante será citada con la sigla CIV.

⁶ **JUAN PABLO II**, Encíclica *Redemptor hominis*, 1979, n. 13.

Y si esto se puede decir de todo ser humano, de manera especial se puede decir del pobre, del hambriento, del inmigrante, del preso, como dejó claro el mismo Jesús. Más allá, pues, de las apariencias, más allá de su condición legal, más allá de su condición social, más allá de su conducta personal, toda persona tiene una dignidad inviolable. Esta conciencia de la dignidad de la persona nos da un “talante contemplativo” en nuestra acción. Nos ayuda a ver, a mirar, a escuchar, a penetrar en el misterio del otro. Y nos hace entender nuestro servicio no como una demostración de mis habilidades, ni como dar al otro lo que a mí me parece, sino hacer lo que el otro necesita.

Es más, este carácter contemplativo nos hace descubrir y contemplar a la persona como lugar teológico. Nos lleva a descubrir en el pobre el rostro del Señor. El pobre para nosotros no es solo un dato sociológico o el objeto de nuestra acción caritativa y social. Es lugar teológico, lugar en el que Dios está, se hace presente, se revela y nos habla, lugar en el que podemos encontrar a Dios, amarle, acceder a Él. Necesitamos una espiritualidad de encarnación que nos haga descubrir el rostro de Dios en el rostro del ser humano y que nos lleve a acercarnos a él e implicarnos en la vida, en la historia del hombre. Una espiritualidad de encarnación que nos ayude cada día a amar al otro sabiendo que al ser humano no se lo salva desde fuera, sino desde dentro; y no se lo salva desde arriba, sino desde abajo, como hizo Cristo en su encarnación.

Esta misma espiritualidad nos hace descubrir que al análisis causal de la pobreza y a la acción estructural contra ella se debe añadir la cercanía y la inmersión en las condiciones de vida del pobre. Hay que trabajar en la distancia (análisis, estructuras) pero también en la cercanía y sin que el trabajo en la distancia justifique eludir la cercanía. Jesús es Buena Noticia desde su inmersión-encarnación en la situación del pobre, desde el estar de su lado y a su lado, desde la cercanía y comunión con él (tocaba al leproso, comía con los pecadores), desde el amor entrañable y cercano, que es el alma de la caridad. Ahí encontramos orientación y sentido a nuestra acción social.

4. Espiritualidad transformadora que nos sitúa al lado de los pobres y contra las causas de la pobreza

La acción caritativa y social no puede servir para adormecer y tranquilizar conciencias, ni para dejar las cosas como están: los ricos con su riqueza y los pobres en su pobreza. El

Espíritu hace nuevas todas las cosas y es capaz de cambiar el corazón del hombre y de hacer un cielo nuevo y una tierra nueva (cfr. 2 Pe 3, 13; Ap 21, 1). Este mismo Espíritu, que ungió y envió a Jesús para ponerse del lado de los pobres y dar la Buena Noticia a los pobres, nos ha ungido y enviado también a nosotros a optar por los pobres en nuestro servicio y a luchar contra la pobreza y las causas que la generan. Dios no es neutral ante los pobres, y tampoco nosotros podemos ni queremos serlo. Nosotros queremos distinguarnos por estar al lado de los condenados de la tierra, pero en nuestra opción por los pobres hemos de tener presentes algunas claves operativas que nos pueden ayudar a vivirla en toda su densidad.

Lo primero que hay que notar es que hablamos de opción por los pobres, y no por la pobreza. Esto es obvio, pero conviene afirmarlo. La pobreza es un mal, porque atenta contra la dignidad de la persona y contra la equidad y la justicia en las relaciones humanas y sociales. Y si es un mal, hay que luchar contra ella. “En la perspectiva bíblica la pobreza no acontece de modo casual; antes bien, es el resultado de una estructura social injusta que implica una ruptura de la solidaridad y de la comunión humana”⁷. Esto mismo dicen nuestros obispos: “Consideramos un bien la pobreza evangélica que hay que fomentar; en tanto que la pobreza como indigencia, miseria y marginación siempre representa un mal que hay que erradicar”⁸.

Y lo segundo que hemos de tener claro es que servir a los pobres es luchar contra las causas de la pobreza. La pobreza no es fruto del destino ni es un fatalismo inevitable. Tiene unas causas que la generan. Detrás de ella hay mecanismos económicos, financieros, sociales, políticos. “La raíz de la pobreza se encuentra en la misma entraña de un sistema socioeconómico que, si no es corregido, está basado exclusivamente en la concepción utilitarista y meramente funcional del ser humano, en la filosofía de la desigualdad, en los mecanismos perversos de la ambición y del lucro desorbitados, y en la sed de poder a cualquier precio y de cualquier manera, con todas las consecuencias que conlleva para los débiles”⁹.

⁷ CÁRITAS ESPAÑOLA, *Reflexión sobre la identidad de Cáritas*, Madrid, 1997, p. 17.

⁸ COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *La Iglesia y los pobres*, Madrid, 1994, p. 6. En adelante será citado con la sigla IP.

⁹ *Ibid.*, n. 38.

Esto significa que nuestra acción al servicio de los pobres no puede ser nunca tapadera de las injusticias o suplencia silenciosa ante las mismas. Debe ir, en la medida de lo posible, a los problemas de fondo y a provocar los cambios estructurales necesarios. Debe ir contra las causas de la pobreza.

5. Espiritualidad de la ternura que nos hace apreciar lo débil y pequeño

La caridad y la tarea a la que esta nos compromete es apasionante y tiene una capacidad transformadora extraordinaria, pero no podemos olvidar que esta fuerza es de Dios y nosotros la llevamos en vasijas de barro. Vivimos en una cultura del triunfo y del éxito, de la exaltación de los grandes y de los triunfadores. Sin embargo, nosotros, desde el Espíritu de Jesús, optamos por los frágiles, los débiles, los pequeños, los perdedores en este “duelo” de intereses en que hemos convertido nuestro mundo: *“Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos”* (Mt 11, 25).

Este aprecio por lo débil y pequeño, en que consiste la ternura, no es en la espiritualidad cristiana un premio de consolación para cuando no podemos alcanzar lo grande. Lo pequeño y los pequeños tienen nobleza evangélica en sí mismos. Las personas pobres y los medios humildes tienen en el Evangelio una especial connaturalidad con el Reino de Dios y con sus leyes. No olvidemos que Dios eligió lo pobre, lo humilde, lo necio de este mundo para confundir a los grandes, los sabios, los poderosos. La situación de crisis que estamos viviendo, con el aumento insospechado de la pobreza y la reducción de recursos y medios, nos ha despojado en la Iglesia de la ilusión de llevar a cabo grandes proyectos y realizaciones en nuestras comunidades.

Es una ocasión propicia para que redescubramos el valor de muchas de nuestras realizaciones pequeñas y frágiles que nunca debimos subestimar, como el acompañamiento sencillo y discreto desde las redes familiares y eclesiales, la atención cordial en nuestros servicios de acogida, las pequeñas ayudas para superar una situación puntual de necesidad. Este aprecio de lo pequeño tiene que llevarnos a superar la nostalgia en otros momentos más favorables. Y el aprecio de lo débil debe capacitarnos a cada uno y a la comunidad cristiana “para la no rentabilidad inmediata, para la inversión en lo ‘inútil’ que la sociedad

excluye. Optar por el desarrollo ‘desde los últimos’ exige apostar por los bienes inmateriales e ir más allá de la eficacia y de la eficiencia”¹⁰.

Mater virtutum, llamaba san Agustín a la humildad, y hoy es una de las virtudes que necesitamos ejercitar. “Humildad para reconocer nuestros propios límites, nuestra propia limitación y pobreza. Humildad para reconocer que no podemos todo, que no está todo en nuestras manos. Humildad para delegar y para trabajar en equipo. Humildad para reconocer que con mucha frecuencia la solución no depende de nosotros y que lo único que podemos ofrecer son pequeños signos”¹¹. Es la experiencia de saber que Dios actúa también en nuestra pobreza y debilidad, la que nos hace decir con **Pablo**: “*cuando soy débil, entonces soy fuerte*” (2 Cor 12, 10).

Ante las demandas que con frecuencia nos desbordan y agobian, tenemos el riesgo de caer en la hiperresponsabilidad, y es muy importante tener la humildad de reconocer y aceptar que no todo está en nuestras manos, no todo depende de nosotros y de nuestra responsabilidad. En consecuencia, responsabilizarse, en el sentido de dar la respuesta a lo que esté en nuestras manos, sí. Responsabilizarse en el sentido de culpabilizarse como si todo fuera como es por culpa nuestra, no. El mismo Jesús no tuvo la pretensión de curar a todos los enfermos, de convertir a todos los pecadores, de reformar todas las estructuras de su tiempo. Lo que sí hizo fue realizar acciones significativas de ese Reino que anunciaba y personificaba.

6. Espiritualidad de la gracia que nos hace vivir nuestro servicio como vocación y como don

Nuestra sensibilidad social y nuestra capacidad de amar y servir a los pobres es un don que se nos ha dado. Y la posibilidad de ponerla en práctica también es don, es gracia: “quien es capaz de ayudar reconoce que, precisamente de este modo, también él es ayudado; el poder ayudar no es mérito suyo ni motivo de orgullo. Esto es gracia”¹². La conciencia del don nos lleva, en primer lugar, al agradecimiento a quien nos ha llamado y con-

¹⁰ CÁRITAS ESPAÑOLA, *Modelo de Acción Social*, 2009, p. 22.

¹¹ VICENTE ALTABA, *El ministerio sacerdotal en Cáritas*, Madrid, 2010. p. 50.

¹² BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, n. 35. En adelante será citada con la sigla DCE.

fiado este don. Y la conciencia del don nos lleva a la gratuidad en la acción. El amor de Dios es enteramente gratuito, nada interesado, busca sólo el bien y el interés del pobre, a diferencia de lo que parece dominar hoy en esta cultura de los “individuos líquidos”, en que la relación humana parece concentrarse en lo que se espera obtener de ella. La caridad entraña el dinamismo de la gratuidad. Es don que se ofrece gratuitamente, sin esperar nada a cambio. No amamos movidos por el interés o por el deseo de alcanzar alguna recompensa. Lo nuestro es la gratuidad. Vivir la gratuidad y promoverla. Trabajemos por la justicia para que todos vean respetados sus derechos y a nadie se le dé por caridad lo que se le debe en justicia; pero si de verdad queremos el bien de todos, especialmente de los más pobres, hay que sobrepasar la justicia con la gratuidad. Una gratuidad que nos mueva a cada uno a dar “de lo mío”, para el bien de todos. Una gratuidad que afecte también al mundo de las finanzas, de la empresa y de las instituciones lucrativas, de modo que, junto al cálculo legítimo de los beneficios, incluyan en sus proyectos y presupuestos ciertos márgenes de gratuidad como expresión de fraternidad y en bien de la comunidad¹³.

Para ello hemos de promover decisiones y opciones en el campo económico, social y político que no se sustenten solo “en relaciones de derechos y deberes, sino, antes y más aún, en relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión”¹⁴, lo que supone que deben hacerse desde la opción por los pobres y desde la lógica del don¹⁵. Esta conciencia del don nos lleva también a distinguir entre eficacia y éxito en nuestro servicio. Queremos ser eficaces, porque queremos que lo que hacemos haga bien y sirva para bien, pero otra cosa muy distinta es vincular mi eficacia a mi éxito. El éxito no está en lograr los resultados esperados, está en el amor, en el servicio mismo que brindamos y en la incondicionalidad que nos lleva a buscar lo mejor para el otro, no lo mejor para nuestros resultados. Esto, por otra parte, nos evita muchos engaños y nos ayuda a saber vivir con humildad éxitos y fracasos.

7. Espiritualidad de comunión para acoger al otro como regalo y promover su participación

El servicio a los pobres no es tarea individual y de francotiradores, sino comunitaria. El Espíritu es comunión y la experiencia del Espíritu se vive en comunión y desde la comunión.

¹³ Cfr. CIV nn. 5, 6, 34 y 36.

¹⁴ *Ibid.*, n. 5.

¹⁵ Cfr. FRANCESC TORRALBA, *La lógica del don*, Khaf, Madrid, 2012, pp. 85-94.

Es la comunión en el Espíritu la que nos hace sentir miembros vivos y activos de un mismo cuerpo, partícipes de una misma familia humana. La comunión en el Espíritu nos hace descubrir que la caridad es tarea para cada fiel. Todos estamos llamados al amor desde las entrañas de nuestro mismo ser personas y desde nuestra condición de cristianos. Pero el amor no es solo tarea individual, sino comunitaria. Es toda la comunidad cristiana, unida en el Espíritu, la que está llamada a vivir la caridad y en la caridad la expresión organizada del amor de la comunidad. De ahí la importancia de que estemos presentes de manera activa en los órganos de comunión y participación que hay en la Iglesia, tanto en el ámbito parroquial como arciprestal y diocesano. Juan Pablo II, en un precioso párrafo de la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* nos exhortaba a vivir “una espiritualidad de la comunión” y, entre otras cosas, nos decía de manera muy gráfica y concreta lo que esto significa: “espiritualidad de comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un ‘don para mí’”.

Además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de comunión es saber ‘dar espacio’ al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (Gal 6, 2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias”¹⁶. La comunión nos lleva también a valorar al otro como un regalo, a darle espacio en la tarea de su propio desarrollo y a promover su participación. Esta conciencia de la dignidad de la persona nos hace descubrir en aquel que se nos acerca no solo al sujeto de necesidades, sino al portador de valores, de potencialidades y capacidades. Por tanto, no entendemos al pobre desde la negatividad, desde lo que no tiene o desde lo que no es, sino desde el vergel de posibilidades que incluye cada biografía.

Y esta conciencia de la dignidad de la persona nos lleva a promover su desarrollo integral, es decir, a promover su desarrollo en todas sus dimensiones: material y espiritual, individual y comunitaria, histórica y trascendente, social y religiosa. Hay que evitar, pues, paternalismos que no promocionan a los pobres, sino que los mantienen en una actitud pasiva y de dependencia de sus bienhechores. Y hay que implicar al pobre en la lucha contra la pobreza, para que sea él el agente primero de su propio desarrollo. No podemos eludir nunca la tarea de discernir si con nuestras intervenciones mantenemos situaciones de dependencia o provocamos un real impulso de desarrollo, de promoción y liberación.

¹⁶ JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, n. 43.

8. Espiritualidad de discernimiento para optar a la luz del Evangelio

El Espíritu condujo a Jesús hasta el desierto antes de comenzar su tarea, y allí, en la soledad, en el encuentro consigo mismo y con Dios, fue capaz de discernir a la luz de la Palabra cuáles debían ser sus opciones y los caminos a seguir para ser Buena Noticia para los pobres. La caridad requiere discernimiento, pues “sin el saber, el hacer es ciego, y el saber es estéril sin el amor... No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor”¹⁷.

El discernimiento es el amor inteligente o la inteligencia movida por el amor, capaz de preguntarse y discernir desde la verdad de Dios y del hombre qué puedo y debo hacer aquí y ahora, en este contexto y en este momento. Y hoy necesitamos un amor inteligente para que nuestro hacer no sea ciego y nuestro saber no resulte estéril. **Darío Mollá** concreta la necesidad de discernimiento en cuatro ámbitos concretos que merecen nuestra atención¹⁸:

✚ Discernimiento en el ámbito de los análisis y diagnósticos de lo que sucede y de sus causas, para saber con la mayor objetividad posible qué está pasando y por qué está pasando, y para poder, en consecuencia, discernir desde criterios evangélicos las soluciones y alternativas posibles. Hay que prestar atención a este ámbito porque son muchos los diagnósticos interesados y parciales que llevan a deformar la lectura de la realidad.

✚ Discernimiento en el ámbito de las soluciones que debemos poner en juego y de las tensiones que esas soluciones deben afrontar. Discernimiento entre necesidades y posibilidades, entre apoyos económicos y libertad, entre respuestas apresuradas que nos pueden quitar lucidez y respuestas meditadas y pensadas, discernimiento entre cantidad y calidad en el hacer. Y siempre discernir si las soluciones que proponemos respetan la dignidad de las personas a las que queremos ayudar, fomentan su desarrollo integral y construyen comunidad.

✚ Discernimiento en el ámbito de la “limpieza”, de la rectitud de intención con la que actuamos. Trabajar en acción social no es un signo de honestidad. Cuidado con protago-

¹⁷ CIV, n. 30

¹⁸ Cfr. **DARÍO MOLLÁ**, *Espiritualidad en la acción social*, Mensajero, Bilbao, 2011, pp. 66-67 y 77-78.

nismos y egoísmos que nos pueden llevar a competir para quedar bien, para no ser menos que otros o para obtener ventajas personales.

✚ Y discernimiento en el ámbito de la coordinación y colaboración con otras entidades e instituciones y con las diversas administraciones. Es necesaria la mutua colaboración, pero sin olvidar que este es un campo ambiguo y siempre necesitado de discernimiento, para no dejarnos utilizar en provecho de intereses que no podemos compartir desde el Evangelio. Para hacer este discernimiento, no lo olvidemos, necesitamos recurrir a la fe y a la Doctrina Social de la Iglesia y a las mediaciones de las ciencias sociales.

9. Espiritualidad pascual que nos aporta fortaleza y esperanza

La historia no está abandonada a su suerte. Dios se ha comprometido con ella, la ha asumido en su encarnación de modo tal que pasado, presente y futuro están en Dios, son de Dios y tienden a Dios. Como dirá Pablo, la creación entera está preñada de la promesa de Dios, lleva en sus propias entrañas la semilla del Reino y vive esperando, aunque sea entre dolores de parto, la plenitud y la glorificación en Dios.

La Pascua, por otra parte, nos hace descubrir la experiencia de un gran profeta moderno, mártir de **Adolf Hitler**, el pastor **Dietrich Bonhoeffer**, quien decía que el Dios que se revela en Jesús, es “lo opuesto de todo lo que el hombre religioso espera de Dios”. Cuesta aceptarlo, pero es así. En Jesucristo, Dios no se ha revelado como “todopoderoso”, sino como aquel que, en su relación con nosotros, renuncia a su poder para identificarse con la debilidad que somos y con las víctimas que producimos. Un Dios inútil como objeto de consumo, pero buena noticia como horizonte y fuerza de vida. Pero la Pascua nos hace descubrir también que el grano que muere en la tierra no queda infecundo y que el Crucificado ha vencido la muerte y vive glorificado.

En la Pascua descubrimos que el Crucificado ha resucitado y que el Resucitado lleva las marcas del Crucificado. Esta espiritualidad pascual, de muerte y vida, de humillación y glorificación, de cruz y de esperanza, nos hace realistas y humildes en nuestro servicio, a la vez que nos hace fuertes, pacientes e inmoviblemente firmes en la esperanza. Los que trabajamos en la acción caritativa y social animados y movidos por el Espíritu del Resucitado experimentaremos y sufriremos, como todos, el dolor de la injusticia, de la fragilidad humana, personal y social, el dolor de los fracasos y de los proyectos y sueños incumpli-

dos, pero estamos llamados a mantener la esperanza y a ser en medio del mundo, en especial para los pobres, testigos y signos de esperanza.

Los procesos de conversión, sean personales o comunitarios, los propios y los ajenos, son lentos y laboriosos. Las contrariedades de la vida cristiana y apostólica nos exasperan con alguna frecuencia. Las prisas suelen interrumpir prematuramente los procesos, en vez de madurarlos. La paciencia espiritual y pastoral, hija de la virtud de la esperanza, nos es necesaria: *“ved cómo el labrador aguarda el fruto precioso de la tierra esperando con paciencia las lluvias tempranas y tardías. Pues vosotros, lo mismo: tened paciencia y buen ánimo, porque la venida del Señor está próxima”* (Sant 5, 7-8).

El servicio a los pobres es un lugar privilegiado para la experiencia de Dios en la experiencia de nuestra pobreza y nuestra riqueza, de nuestra fragilidad y nuestra fortaleza, pues nuestra fortaleza y nuestra riqueza no están en nosotros mismos, están en Dios, en el Dios de la Pascua, el Dios de la Promesa. Los tiempos presentes llevan dentro de sí una llamada especial del Señor a una acendrada confianza en Él. La meditación orante del Salmo 71 nos ayuda, entre otras muchas cosas, a confortar nuestra esperanza. Podemos recitarlo en primera persona del singular y del plural: *“a ti Señor me acojo, sé para mí roca de cobijo y fortaleza protectora... en tus manos encomiendo mi espíritu... yo confío en el Señor... mi destino está en tus manos... tú me mostraste tu amor en el momento del peligro... Sed fuertes y cobrad ánimo los que confiáis en el Señor”*.

10. Espiritualidad eucarística, alimentada y celebrada en el sacramento de la Eucaristía

Hay muchos motivos para animarnos en el servicio a los pobres, pero la mística de ese servicio los cristianos la alimentamos en la Eucaristía. La Eucaristía es el sacramento de la entrega. De la entrega de Jesús y de la nuestra, pues la Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús, y la comunión con Cristo es comunión con la humanidad en el acto de ofrecerse para la salvación del mundo¹⁹. Como dice **Benedicto XVI**, participar en la Eucaristía es “implicarnos en la dinámica de su entrega”²⁰. Y añade: “la ‘mística’ del Sacramento

¹⁹ Cfr. DCE, n. 13.

²⁰ *Ibid.*, n. 13

tiene una carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan (...). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega”²¹.

No se pueden separar Eucaristía y caridad. El sacramento de la Eucaristía no se puede separar del sacramento de la caridad. No se puede recibir el cuerpo de Cristo, si se recibe bien, y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed, de los enfermos, de los que sufren el drama del paro, de los que están excluidos de la mesa del bienestar. Una Eucaristía sin caridad es “fragmentaria”, dice Benedicto XVI. Y Pablo es más radical y dice que es “escandalosa”. De ahí que el amor y servicio a los pobres es el indicador de la autenticidad de nuestras eucaristías. Pero si es verdad que el amor es el indicador de la autenticidad de nuestras eucaristías, también es verdad que la Eucaristía es, a su vez, el indicador de la autenticidad del amor, pues amar es dar la vida –“nadie tiene amor más grande que el que da la vida”– y darla hasta el extremo, y en la Eucaristía celebramos el amor de un Dios que, habiendo amado a los hombres “los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1;15, 13).

Cuando esto se descubre, Eucaristía y caridad se comprenden y viven como realidades que mutuamente se implican y que nunca se pueden disociar ni vivir la una al margen de la otra, de modo tal que la celebración de la Eucaristía nos lleva a vivir la caridad, y la experiencia de la caridad nos remite a alimentar y celebrar nuestro servicio en la Eucaristía. Una pequeña anécdota puede expresar cuanto venimos diciendo: en la sede de Cáritas Española tenemos una capilla con una vidriera que da a la recepción de la casa. La vidriera tiene el logo de Cáritas. Muchas personas, cuando vieron la vidriera por primera vez, me dijeron: “**Vicente**, el logo de Cáritas está puesto al revés”. Efectivamente, visto desde fuera, se veía con los corazones en posición inversa; el grande estaba a la izquierda y no a la derecha. El día que tuvimos la primera celebración en la capilla, dije a quienes me hicieron esa observación: “Venid al altar. Mirad desde aquí el logo de Cáritas. ¿Cómo se ve?”. “Desde aquí se ve bien”, respondieron. Y les hice notar: “Es que la caridad solo se ve bien desde dentro, desde el altar, desde la Eucaristía”.

²¹ *Ibid.*, n. 14.

CONCLUSIÓN

Que el Espíritu nos haga pobres para servir a los pobres

Como conclusión, quiero señalar la llamada que el Espíritu nos hace hoy, como a Jesús en el desierto, a vivir la pobreza evangélica en nuestro servicio a los pobres. Hemos dicho que la pobreza es un mal, y conviene recordar que lo que hay detrás de muchas pobreza es la idolatría de esta sociedad rendida al dios dinero, al dios bienestar, al dios del poder y la riqueza. En una sociedad así, servir a los pobres es ser iconoclasta, destruir esos ídolos de muerte para dar paso al Dios de la fraternidad y de la vida. Solo podrá optar por los pobres –sin instrumentalizarlos– quien conciba todo lo que es y tiene como entrega y servicio, quien viva abierto a los hermanos y en ellos a Dios, quien viva desprendido de lujos y consumos innecesarios, quien no sea esclavo de ambiciones de tener y de poder. En este sentido, solo se puede servir a los pobres desde la pobreza evangélica, desde la confianza en la fuerza liberadora y salvadora del Espíritu.



Agosto 2012